

PETICIÓN ESPECIAL DEL AMOR DE DIOS

L.1 «Sobre todas las cosas, dame, Señor, tu gracia, para que te ame con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh, toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! ¡Oh, el más amado de los amados! ¡Oh, esposo florido, esposo suave! ¡Oh, dulzura de mi corazón! ¡Oh, vida de mi alma y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh, hermoso y claro día de la eternidad, serena luz de mis entrañas, y paraíso florido de mi corazón! ¡Oh, amable principio mío y suma suficiencia mía!

Prepara, Dios mío, prepara, Señor, una agradable morada para ti en mí, para que, según la promesa de tu santa palabra, vengas a mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrade a tus ojos y hazme hombre según tu corazón. Hiere, Señor, lo más íntimo de mi alma con las saetas de tu amor, y embriégala con el vino de tu perfecta caridad. ¡Oh! ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo te agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? ¿Cuándo ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará toda la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu efficacísima suavidad? ¿Cuándo abrirás y descubrirás a este pobre mendigo el hermosísimo Reino tuyo que está dentro de mí, que eres tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrebatarás y anegarás y transportarás y esconderás en ti, donde nunca más aparezca? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me harás un espíritu contigo, para que nunca más me pueda apartar de ti?

¡Oh, amado, amado, amado de mi alma! ¡Oh dulzura, dulzura de mi corazón! ¡Óyeme, Señor, no por mis meritos, sino por tu infinita bondad! Enséñame, alumbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas para que ninguna cosa se haga ni diga, sino lo que fuere a tus ojos agradable. ¡Oh Dios mío, amado mío, entrañas mías, bien de mi alma! ¡Oh mí dulce amor! ¡Oh mí gran deleite! ¡Oh fortaleza mía, veladme; luz mía, guíadme!

¡Oh Dios de mis entrañas! ¿Por qué no te das a este pobre? ¡Llenas los cielos y la tierra, y mi corazón dejas vacío! Pues vistes los lirios del campo, y das de comer a las avecillas y mantienes los gusanos, ¿por qué te olvidas de mí, que a todos olvido por ti? ¡Tarde te conocí, bondad infinita! ¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva! ¡Triste el tiempo en que no te amé! ¡Triste de mí, pues no te conocía! ¡Ciego de mí, que no te veía! ¡Estabas dentro de mí, y yo andaba buscándote fuera! Pues aunque te hallé tarde, no permitas, Señor, por tu divina clemencia, que jamás te deje». »

(Después de un tiempo de silencio, se hace el signo de partir el pan, cada uno come un pedacito de pan en memoria de la comunión que Cristo nos ha dejado)

Canto

L. 2 «Y porque una de las cosas que más te agradan y más te llega al corazón es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te mire: ojos de paloma sencillos; ojos castos y vergonzosos; ojos humildes y amorosos; ojos devotos y llorosos; ojos atentos y discretos, para entender tu voluntad y cumplirla, para que, mirándote con estos ojos, sea mirado por ti con aquellos ojos con que miraste a San Pedro, cuando le hiciste llorar su pecado; con aquellos ojos con que miraste al Hijo Pródigo, cuando le saliste a recibir y le diste beso de paz; con aquellos ojos con que miraste al publicano, cuando él no osaba alzar los ojos al cielo; con aquellos ojos con que miraste a la Magdalena, cuando lavaba tus pies con las lágrimas de los suyos; finalmente, con aquellos ojos con que miraste a la Esposa del Cántico de los cantares, cuando le dijiste: Hermosa eres, amiga mía; hermosa eres, tus ojos son de paloma, para que, complaciéndote de los ojos y hermosura de mi alma, le des aquellas virtudes y gracias con que siempre te parezca hermosa».

(Uno a uno se acercan al altar donde se habrá puesto un cuenco con agua y se mojarán los ojos)

Canto

L. 4 «¡Oh Altísima, Clementísima, Benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, un solo Dios verdadero, enséñame, enderézame y ayúdame, Señor, en todo! ¡Oh Padre todopoderoso, por la grandeza de tu infinito poder, asienta y confirma mi memoria en ti y llénala de santos y devotos pensamientos! ¡Oh Hijo Santísimo, por tu eterna sabiduría, clarifica mi entendimiento y adórnalo con el conocimiento de la suma verdad y de mi extremada vileza! ¡Oh Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, por tu incomprensible bondad, hazme partícipe de toda tu voluntad y enciéndela con un fuego tan grande de amor, que ningún agua la pueda apagar! ¡Oh Trinidad Sagrada, único Dios mío, y todo mi bien! ¡Oh si pudiese yo alabarte y amarte como te alaban y aman todos los ángeles! ¡Oh si tuviese yo el amor de todas las criaturas, con que gusto te lo daría y traspasaría a ti, aunque ni éste bastaría para amarte como tú mereces! Tú sólo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque tú sólo comprendes tu incomprensible bondad, y así tú solo la puedes amar cuanto ella merece, de manera que en sólo ese divinísimo pecho se guarda justicia de amor».

(Se lleva al altar un icono de la Trinidad)

Canto

L. 5 «¡Oh María, María, María, Virgen Santísima, Madre de Dios, Reina del cielo, Señora del mundo, Sagrario del Espíritu Santo, Lirio de pureza, Rosa de paciencia, Paraíso de deleites, Espejo de Castidad, Dechado de inocencia! Ruega por este pobre desterrado y peregrino, y comparte con él las sobras de tu abundantísima caridad. Oh vosotros, bienaventurados Santos y Santas, y vosotros, bienaventurados espíritus, que así ardéis en el amor de vuestro Creador, y especialmente vosotros, Serafines, que abrasáis los cielos y la tierra con vuestro amor, no desamparéis a este pobre miserable corazón, sino limpiadlo, como los labios de Isaías, de todos sus pecados, y abrasadlo con la llama de ese vuestro ardentísimo amor, para que sólo a este Señor ame, a Él sólo busque, y en Él sólo repose y more, por siglos de los siglos. Amén».

(Se lleva al altar un icono de María)

Evangelio (Jn 21, 19-23 y Jn 14, 14-20)

(Intercambio de la paz)

Todos: Jesús, queremos seguir tus pasos. Que tu Espíritu nos mueva a vivir en la alegría. Danos tu Espíritu, Jesús, para descubrir la presencia de Dios en cada instante y vivir en la alegría del encuentro y la alabanza. Que a la Iglesia no le invada el desaliento de estos tiempos. Que no perdamos la esperanza, la sorpresa, la capacidad de asombro, la gratitud de encontrarte caminando a nuestro lado. Ayúdanos a llevar a todos la alegría que nace del Evangelio: el sentido profundo del vivir, el gozo de saber que hay un camino y que siempre hay Alguien que nos espera. Que seamos transparentes para poder anunciar, con la vida entera, la novedad de Jesús y de su Reino. Que tu Espíritu nos mueva, Jesús, para contagiar al mundo la alegría de caminar hacia el Reino, la buena noticia del Evangelio, la posibilidad de hacer un mundo nuevo. Descúbrenos, Señor, la alegría de la entrega generosa, la alegría de la fidelidad en camino, la alegría serena de la intemperie por el Reino. Danos tu Espíritu, Jesús, para vivir, estar y permanecer alegres, ahora, siempre y por los siglos de los siglos. Amén

Bendición final y Canto

(Al final se puede entregar un marcapáginas que tenga impreso los dones del Espíritu santo)

Vigilia de Pentecostés

¡VEN, ESPÍRITU SANTO!

Guía: Queremos preparar nuestro corazón para acoger el Espíritu Santo en nuestra vida personal y comunitaria, y celebrar juntos la Fuerza que nos transmite el Espíritu Santo, en compañía de San Pedro de Alcántara. Viviremos el don del Espíritu, meditando la *"Petición especial del amor de Dios"* que San Pedro pone en su Tratado de la Oración y Meditación, porque el Espíritu es el mismo Amor del Padre y del Hijo.

Lectura: *La venida del Espíritu Santo* (Hch. 2, 1-39)

(Con el cirio pascual encendido, mientras que la iglesia se queda a oscuras, se proclama el texto de los Hechos, y al mismo tiempo desde el cirio se van encendiendo las luces de la asamblea)

Guía: Invoquemos juntos el Espíritu que nos ha dejado el Señor Jesucristo.

Todos: Ven, oh dulcísimo Espíritu, y envía desde el cielo los rayos de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres. Ven, oh dador de las lumbres. Ven, lumbre de las corazones. Ven, consolador muy bueno y dulce huésped de nuestra ánima y dulce refrigerio de ella. En el trabajo, su descanso; en el ardor del estío, su templanza, y en las lágrimas, su consuelo. Oh luz beatísima, hinche lo íntimo del corazón de tus fieles. Amen

(Exposición del Santísimo y adoración)

Canto

Ha logrado una extraordinaria capacidad de intervenir en las fuentes mismas de la vida: Puede usarlas para el bien, dentro del marco de la ley moral, o ceder al orgullo miope de una ciencia que no acepta límites, llegando incluso a pisotear el respeto debido a cada ser humano. Hoy, como nunca en el pasado, la humanidad está en una encrucijada. Y, una vez más, la salvación está sólo y enteramente, oh Virgen Santa, en tu hijo Jesús. Por esto, Madre, como el apóstol Juan, nosotros queremos acogerte en nuestra casa (cf. Jn 19, 27), para aprender de ti a ser como tu Hijo. ¡"Mujer, aquí tienes a tus hijos"!

Oh Madre, que conoces los sufrimientos y las esperanzas de la Iglesia y del mundo, ayuda a tus hijos en las pruebas cotidianas que la vida reserva a cada uno y haz que, por el esfuerzo de todos, las tinieblas no prevalezcan sobre la luz.

A ti, aurora de la salvación, confiamos nuestro camino, para que bajo tu guía todos los hombres descubran a Cristo, luz del mundo y único Salvador, que reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Guía. Como cristianos somos conscientes de ser hijos de Dios, que compartimos su naturaleza divina, envueltos en la plenitud de Dios en Cristo. Queremos ahora expresar nuestro compromiso a seguir al Señor Jesucristo, verdadera luz de nuestro camino. Vamos a encender una vela al cirio pascual, signo de Cristo, para ser luz para todo el mundo.

Oración

P./ Cristo Resucitado os da la paz y la reconciliación como su primer don. Dios, paz eterna, ha dado la paz al mundo a través de Cristo, Príncipe de la Paz. La paz ha sido derramada en vuestros corazones y en ellos está esparcida más profundamente que todas las inquietudes de vuestras mentes, más que todos los tormentos de vuestros corazones. Que el Dios de la paz dirija vuestras mentes y corazones. Que Dios os dé su paz no como una posesión para retener, sino como un tesoro que poseéis sólo cuando lo compartís con los demás. Amén.

Bendición

P./ Dios Padre, que en la resurrección de Cristo ha realizado nuestra salvación y nos ha hecho sus hijos, os dé el gozo de su bendición. Amén.

P./ El Redentor, que nos ha donado la verdadera libertad, os libere de todo miedo y comparta con vosotros la herencia eterna. Amén.

P./ Y que vosotros, que por el Bautismo habéis resucitado en Cristo, podáis crecer en la santidad de la vida hasta llegar a Su encuentro un día en la patria del cielo. Amén.

No tengáis miedo

VIGILIA DE ORACIÓN PARA JÓVENES

Introducción

Guía: Estamos reunidos para expresar nuestra gratitud a Dios; queremos profesar nuestra fe en la vida eterna y la resurrección; queremos hacer visible nuestro amor a la Iglesia confiando en que el Espíritu del Señor Resucitado está presente y actúa en cada momento. Queremos proclamar a nosotros y al mundo entero que hemos aprendido a no tener miedo a vivir, a amar, a sufrir y a morir.

Nos ayudarán las palabras del querido Papa Juan Pablo II, testigo del Evangelio de Cristo.

Acogemos pues, el libro del Evangelio, abriendo nuestros corazones y nuestras mentes a la escucha de lo que el Señor quiere decir esta noche a cada uno de nosotros.

Procesión con el Evangeliario

Canto

Saludo

P./ En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

T./ Amén.

P./ El Dios de la esperanza, que nos llena de todo gozo y paz en la fe por el poder del Espíritu Santo, sea con vosotros.

T./ Y con tu espíritu.

P./ Oh Padre, que en Tu Providencia nos has conducido aquí para estar contigo, ayúdanos a perseverar firmes en la fe, confesando Tu Nombre y manifestando al mundo el misterio de Tu amor. Por nuestro Señor J.

T./ Amén.

Canto al Evangelio

Aleluya, aleluya.

Señor Jesús, haznos comprender Tu Palabra; arda nuestro corazón mientras escuchamos.

Aleluya, aleluya.

Proclamación del Evangelio (Lc 24, 13-35)

Oración litánica

Guía: El encuentro con el Resucitado, transforma a unos fugitivos en valientes mensajeros de la buena noticia: ¡Jesús está vivo! Juan Pablo II recordó a los jóvenes que la fe puede superar cualquier miedo y ayudar a caminar en el mundo con plena libertad y alegría.

(estribillo después de cada frase)

Canto:

Nada te turbe, nada te espante:
quien a Dios tiene, nada le falta.
Nada te turbe, nada te espante:
solo Dios basta.

1. No quedéis bloqueados en la búsqueda de las auténticas respuestas a las cuestiones que os asaltan. No tengáis miedo. Hoy, las personas se ven expuestas a la tentación de rechazar a Dios en nombre de su propia humanidad. Donde quiera se dé este rechazo, las sombras del miedo extenderán su tenebroso manto. El miedo nace cuando muere Dios en la conciencia del hombre.

El mundo necesita jóvenes que hayan bebido en la profundidad de las fuentes de la verdad. Necesitáis escuchar la verdad y para ello precisáis pureza de corazón; necesitáis comprenderla, y para ello precisáis profunda humildad; necesitáis rendiros a ella y compartirla, y para ello precisáis la fuerza de resistir a las tentaciones del orgullo, de la autosuficiencia y la manipulación. Debéis forjar en vosotros mismos un profundo sentido de responsabilidad.

2. Queridos jóvenes, ¡no tengáis miedo de proclamar en toda circunstancia el evangelio de la cruz! ¡No tengáis miedo de ir contra corriente!

EL COMPROMISO

P./ Queridos amigos, el Santo Padre vio en vosotros a los "centinelas de la mañana". En esta celebración, acogemos con sinceridad y solemnemente las invitaciones que el Papa hizo a los jóvenes en el encuentro mundial de Roma. El "sí" dicho a Cristo, se convierte en "sí" a la plenitud de la vida humana.

P./ ¿Renunciáis a ser instrumentos de violencia y destrucción?
T./ ¡Sí, renuncio!

P./ ¿Renunciáis a aceptar un mundo en el que otros seres humanos mueren de hambre, son esclavos, son analfabetos, están sin trabajo?
T./ ¡Sí, renuncio!

P./ ¿Defenderéis la paz, incluso a costa de vuestra vida si fuera necesario?
T./ ¡Sí, lo defenderé!

P./ ¿Defenderéis la vida en cada momento de su desarrollo terreno?
T./ ¡Sí, lo defenderé!

P./ ¿Os esforzaréis con todas vuestras energías en hacer que esta tierra sea cada vez más habitable para todos?
T./ ¡Sí, me esforzaré!

P./ Pido al Señor Jesús que reine en vuestros corazones y en toda la humanidad. No tengáis miedo de entregaros a Él. Él os guiará, os dará la fuerza para seguirlo todos los días y en cada situación.

Que María Santísima, la Virgen que dijo "sí" a Dios durante toda su vida, que los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y todos los Santos y Santas que han marcado el camino de la Iglesia a través de los siglos, os conserven siempre en este santo propósito.

T./ Amén.

Acto de consagración a María

P./ Madre, hoy queremos confiarte el futuro que nos espera, rogándote que nos acompañes en nuestro camino. Somos hombres y mujeres de una época extraordinaria, tan apasionante como rica de contradicciones. La humanidad posee hoy instrumentos de potencia inaudita. Puede hacer de este mundo un jardín o reducirlo a un cúmulo de escombros.

¡No temáis ser santos!

Las palabras del Papa:

Al hablar hoy de la santidad, del anhelo de santidad y de su consecución, convendría preguntarse: ¿cómo hay que formar ambientes que favorezcan esa aspiración? ¿Qué es preciso hacer para que la familia, la escuela, el lugar de trabajo, la oficina, las aldeas, las ciudades y, por último, el país entero, se conviertan en una morada de santos, que influyan mediante su bondad, su fidelidad a la doctrina de Cristo, su testimonio de vida diaria, alimentando el crecimiento espiritual de todo hombre?

Hace falta el testimonio. Hace falta valentía para no poner la fe bajo el celemín. Hace falta, por último, que en el corazón de los creyentes reine el anhelo de santidad, que no sólo forma parte de la vida privada, sino que también influye en toda la sociedad.

En la Carta a las familias escribí que «a través de la familia discurre la historia del hombre, la historia de la salvación de la humanidad. (...) La familia se encuentra en el centro de la gran lucha entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre el amor y cuanto se opone al amor. A la familia está confiado el cometido de luchar ante todo para liberar las fuerzas del bien, cuya fuente se encuentra en Cristo, redentor del hombre. Es preciso que dichas fuerzas sean tomadas como propias por cada núcleo familiar. Perseverad con firmeza al lado de Cristo, para que él permanezca en vosotros. No permitáis que en vuestro corazón, en el corazón de los padres y madres, de los hijos e hijas, se apague la luz de la santidad. Que el esplendor de la santidad forme a las futuras generaciones de santos para gloria del nombre de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, no tengáis miedo de aspirar a la santidad. No tengáis miedo de ser santos.

Testimonio (novios o matrimonio). **Canto**

¡No temáis al futuro!

Las palabras del Papa:

En Cristo podéis creer en el futuro, aunque no podáis discernir su configuración. Podéis entregaros vosotros mismos al Señor del futuro, y así vencer vuestro miedo ante la magnitud de la tarea y el precio que hay que pagar. A los discípulos desanimados de Emaus, el Señor les dijo: «¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?» (Lc 24, 26). El Señor os dice lo mismo a cada uno de vosotros. No tengáis miedo, por tanto, a comprometer vuestras vidas con la paz y la justicia, pues sabéis que el Señor está con vosotros en todos vuestros caminos.

3. Queridos jóvenes en el pasaje del evangelio de san Marcos que se refiere a la resurrección, el ángel dice a las mujeres: «Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado; ha resucitado, no está aquí (...). Irá delante de vosotros a Galilea», (Mc 16, 6-7), como si nos dijera que no debemos detenernos ante el sepulcro. Si queréis encontrarlo —nos repite el ángel a todos— seguid el camino que Jesús os indica. «Irá delante de vosotros a Galilea y, para verlo vivo y resucitado, es necesario ir a donde nos cita.

4. Queridos muchachos y muchachas, seguid a Cristo con el entusiasmo de vuestro corazón joven. Sólo Él puede calmar el miedo del hombre. Contemplad a Jesús desde lo más profundo de vuestro corazón y de vuestra mente. Él es vuestro amigo inseparable. Cristo libró a Pedro del miedo que se había apoderado de él ante el mar en tempestad. Cristo también nos ayuda a nosotros a superar los momentos difíciles de la vida, si nos dirigimos a Él con fe y esperanza para pedirle ayuda. «¡Ánimo!, soy Yo; no temáis» (Mt 14, 27). Una fe fuerte, de la que brota una esperanza ilimitada, virtud tan necesaria hoy, libra al hombre del miedo y le da la fuerza espiritual para resistir a todas las tempestades de la vida. ¡No tengáis miedo de Cristo! Fiaos de él hasta el fondo. Sólo él «tiene palabras de vida eterna». Cristo no defrauda jamás.

5. En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna. Queridos jóvenes, para estos nobles objetivos no estáis solos. Con vosotros tenéis a vuestras familias, a vuestras comunidades, a vuestros sacerdotes y educadores y a tantos de vosotros que, en lo oculto, no se cansan de amar a Cristo y de creer en Él. En la lucha contra el pecado no estáis solos: ¡muchos como vosotros luchan y con la gracia del Señor vencen!

Diciendo “sí” a Cristo, decís “sí” a todos vuestros ideales más nobles. Le pido que reine en vuestros corazones y en la humanidad del nuevo siglo y milenio. No tengáis miedo de entregaros a Él. Él os guiará, os dará la fuerza para seguirlo todos los días y en cada situación.

LA MEMORIA

Canto

¡No temáis ser jóvenes!

Las palabras del Papa:

No tengáis miedo de vuestra propia juventud, y de los profundos deseos de felicidad, de verdad, de belleza y de amor eterno que abrigáis en vosotros mismos. Hay quien dice que la sociedad de hoy teme estos potentes deseos de los jóvenes, y que vosotros mismos les tenéis miedo. ¡No temáis! Cuando os miro, jóvenes, siento un gran agradecimiento y una gran esperanza. El futuro del próximo siglo está en vuestras manos. El futuro de la paz está en vuestros corazones.

Testimonio (un joven)

¡No temáis la verdad!

Las palabras del Papa:

Tenéis muchas aspiraciones positivas y muchos deseos; queréis ser y os sentís protagonistas de la vida. Queréis vivir en libertad y dedicaros libremente a hacer las cosas que más os gustan. Sin embargo, esta libertad puede constituir un riesgo. Sí, la libertad es un riesgo: es un gran desafío y un gran riesgo. Se puede utilizar bien y se puede utilizar mal. Si la libertad no obedece a la verdad, puede aplastaros. Hay quienes son aplastados por su libertad. Lo son, si no es la verdad la que guía su libertad. La verdad libera verdaderamente, y esta verdad viene de Cristo, más aún, es Cristo. Leemos en el evangelio de san Juan: «Si os mantenéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32).

¿Qué os pide Cristo? Jesús os pide que no os avergoncéis de él y que os comprometáis a anunciarlo a vuestros coetáneos. Haced vuestra esta frase de san Pablo a los Romanos: «No me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, (Rm 1, 16). Así escribió san Pablo a los Romanos, y a nosotros.

¡No tengáis miedo, porque Jesús está con vosotros! ¡No tengáis miedo de perderos: cuanto más os entreguéis, tanto más os encontraréis a vosotros mismos!

Canto

¡No temáis anunciar el Evangelio!

Las palabras del Papa:

No tengáis miedo. El resultado de la batalla por la vida ya está decidido, [...] Cristo —la Cabeza— ya venció el pecado y la muerte. Cristo en su Cuerpo —el pueblo peregrino de Dios— sigue sufriendo el ataque del maligno y de todo el mal de que es capaz la humanidad pecadora.

En esta etapa de la historia, el mensaje liberador del evangelio de la vida ha sido puesto en vuestras manos. Y la misión de proclamarlo hasta los confines de la tierra pasa ahora a vuestra generación. Como el gran apóstol Pablo, también vosotros debéis sentir toda la urgencia de esa tarea: «Ay de mí si no predicara el Evangelio» (1Co 9, 16). ¡Ay de vosotros si no lográis defender la vida! La Iglesia necesita vuestras energías, vuestro entusiasmo y vuestros ideales juveniles para hacer que el evangelio de la vida penetre el entramado de la sociedad, transformando el corazón de la gente y las estructuras de la sociedad, para crear una civilización de justicia y amor verdaderos. Hoy, en un mundo que carece a menudo de la luz y de la valentía de ideales nobles, la gente necesita más que nunca la espiritualidad lozana y vital del Evangelio.

No tengáis miedo de salir a las calles y a los lugares públicos, como los primeros Apóstoles que predicaban a Cristo y la buena nueva de la salvación en las plazas de las ciudades, de los pueblos y de las aldeas. No es tiempo de avergonzarse del Evangelio (cf. Rm 1, 16). Es tiempo de predicarlo desde las terrazas (cf. Mt 10, 27). No tengáis miedo de romper con los estilos de vida confortables y rutinarios, para aceptar el reto de dar a conocer a Cristo en la metrópoli moderna. Debéis ir a «los cruces de los caminos» (Mt 22, 9) e invitar a todos los que encontréis al banquete que Dios ha preparado para su pueblo. No hay que esconder el Evangelio por miedo o indiferencia. No fue pensado para tenerlo escondido. Hay que ponerlo en el candelero, para que la gente pueda ver su luz y alabe a nuestro Padre celestial (cf. Mt 5, 15-16).

Testimonio (un consagrado/a)

Juntos:

¡Gracias, Jesús, por qué elegiste el pan...
para podernos alimentar de Ti!

¡Gracias, Jesús, por qué elegiste el pan...
para ser el alimento de nuestras almas!

¡Gracias, Jesús, por qué elegiste el pan...
que es una comida sencilla que nos enseña a ser sencillos!

¡Gracias, Jesús, por qué elegiste el pan...
que es un alimento tan humilde que nos enseña a ser humildes!

¡Gracias, Jesús, por qué elegiste el pan...
que es un alimento vital que nos enseña que no podemos vivir sin ti!

¡Gracias, Jesús, por qué elegiste una pequeña Ostia...
para que nadie pueda tener miedo de Ti!

(cada uno come un pedacito de pan - canto)

Padre nuestro...

Oración:

Jesús, en Tu resurrección nos has mostrado el esplendor de Dios victorioso en modo simple y ordinario. Tú estás sentado en las mesas de los hombres, como amigo y como Pan. Haznos testigos de la Pascua en la vida cotidiana, para ser tus amigos para siempre. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T./ Amén

Canto final

Oración con niños

Eucaristía... Pan de Vida

*Oración para niños para reflexionar sobre
la Presencia del Resucitado en la Eucaristía*

Canto inicial

GUÍA:

¡Bien... el tiempo se ha cumplido! Jesús nos llama, como hizo con sus discípulos en la última cena, con el corazón lleno de amor por nosotros. Desea muchísimo estar con nosotros y cenar juntos para quedarse todos los días de nuestra vida.

Lectura: Lc 22,7-15

Llegó el día de la fiesta en que se comía el pan sin levadura, cuando se sacrificaba el cordero de Pascua. Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo:

– Id a prepararnos la cena de Pascua.

Ellos le preguntaron:

– ¿Dónde quieres que la preparemos?

Jesús les contestó:

– Al entrar en la ciudad encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entre y decidle al dueño de la casa: ‘El Maestro pregunta: ¿Cuál es la sala donde he de comer con mis discípulos la cena de Pascua?’ Él os mostrará en el piso alto una habitación grande y arreglada: preparad allí la cena.

Fueron, pues, y lo encontraron todo como Jesús les había dicho, y prepararon la cena de Pascua.

Cuando llegó la hora, Jesús y los apóstoles se sentaron a la mesa. Él les dijo:

– ¡Cuánto he deseado celebrar con vosotros esta cena de Pascua antes de mi muerte!

Salmo 8

Señor, Dios nuestro,
¡tu nombre llena toda la tierra!
¡Tu gloria se extiende más allá del cielo!

Con la alabanza de los pequeños,
de los niñitos de pecho,
has construido una fortaleza
por causa de tus enemigos,
para acabar con rebeldes y adversarios.

Cuando veo el cielo que tú mismo hiciste,
y la luna y las estrellas que pusiste en él, pienso:
¿Qué es el hombre? ¿Qué es el ser humano?
¿Por qué le recuerdas y te preocupas por él?

Pues le hiciste casi como un dios,
le rodeaste de honor y dignidad,
le diste autoridad sobre tus obras,
le pusiste por encima de todo:

sobre las ovejas y los bueyes, sobre los animales salvajes,
sobre las aves que vuelan por el cielo,
sobre los peces que viven en el mar,
¡sobre todo lo que hay en el mar!

Señor, Dios nuestro,
¡tu nombre llena toda la tierra!

(se cogen harina, agua y sal para amasar el pan - canto)

GUÍA:

Para vivir se tiene que comer. El pan alimenta, te mantiene vivo. Es el símbolo de la vida misma, y Jesús en la Última Cena, elige justo este alimento pobre y humilde: el pan de vida, el pan bajado del cielo, el pan que nos da la vida eterna. Elige el pan para convertirlo en su Cuerpo... y en los siglos venideros seguirá viviendo entre nosotros en una pequeña y simple Ostia... Con este pan deja sí mismo en nuestras manos y nuestros corazones, a fin de permanecer cerca de cada uno de nosotros.

Lectura: Juan 6

Jesús les dijo:

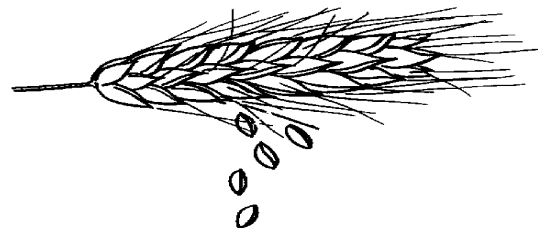
– ¡Mi Padre es quien os da el verdadero pan del cielo! Porque el pan que Dios da es aquel que ha bajado del cielo y da vida al mundo.

Ellos le pidieron:

–Señor, danos siempre ese pan.

Y Jesús les dijo:

– Yo soy el pan que da vida. El que viene a mí, nunca más tendrá hambre, y el que en mí cree, nunca más tendrá sed. Yo soy el pan que da vida. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi propio cuerpo. Lo daré por la vida del mundo. Porque mi cuerpo es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. El que come mi cuerpo y bebe mi sangre vive unido a mí, y yo vivo unido a él. El que coma de este pan, vivirá para siempre.



*«Sobre todas estas virtudes,
dame, Señor, tu gracia, para que
te ame con todo mi corazón, con
toda mi ánima, con todas mis
fuerzas y con todas mis entrañas,
así como tú lo mandas.*

*¡Oh, toda mi esperanza, toda mi
gloria, todo mi refugio y alegría!*

¡Oh, dulzura de mi corazón!

*Apareja, Dios mío, apareja,
Señor, una agradable morada
para ti en mí, para que, según la
promesa de tu santa palabra,
vengas a mí y reposes en mí».*

(San Pedro de Alcántara)

Hermanas Franciscanas Alcantarinas

Nuestro Instituto de Terciarias Franciscanas Alcantarinas nació en la segunda mitad del siglo XIX en Italia, en Castellammare di Stabia, provincia de Nápoles, gracias a la intuición del sacerdote Don Vicente Gargiulo y de la terciaria franciscana María Inés.

Con sabiduría y discernimiento, nuestros fundadores confiaron el crecimiento y desarrollo de su intuición a una tradición espiritual sólida y capaz de superar las acechanzas del tiempo: la forma de vida franciscano-alcantarina.

Las **características principales** de la vida de San Pedro de Alcántara y que pasó a sus hermanos, son:

- la afirmación de primacía de la relación con Dios en su dimensión contemplativa y emocional
- el radicalismo en el seguimiento del Cristo pobre y crucificado
- una vida de penitencia entendida como una forma de transformación del corazón.

Gran contemplativo y penitente, **San Pedro de Alcántara** fue maestro espiritual capaz de relacionarse fácilmente con todo tipo de personas: niños, laicos, príncipes y religiosos.

Nuestra contemplación del Señor Jesús se centra en los misterios de la pasión y la cruz, y se orienta al seguimiento de Cristo pobre y crucificado, dando testimonio al mundo de la necesidad de la conversión evangélica en "espíritu de mansedumbre, humildad, abnegación y mortificación" (1974 Cs).

Cada una de las hermanas está llamada a vivir el primado de la oración y la contemplación, la pobreza, la minoridad y la penitencia, para "hacer propio el espíritu de Jesucristo" (CS 1974), y manifestar en la vida cotidiana una de las notas características de la identidad de las Hijas Pobres de San Pedro de Alcántara: el amor fraterno.

Llamadas a seguir al Señor Jesús con una vida de especial consagración, las Franciscanas Alcantarinas damos testimonio, con nuestra vida y nuestras opciones apostólicas, de la inagotable riqueza del misterio de la Cruz.

Nos hacemos presentes y trabajamos en la iglesia local para "ayudar a los sacerdotes" (CS 1.974,2) en el servicio a los hermanos en dificultad y promover la evangelización. Nos esforzamos por perpetuar en el mundo la fidelidad a la Iglesia que vivieron San Francisco de Asís y San Pedro de Alcántara, mediante una vida de entrega total a Dios y a los demás (cf. Cs 4).

Fieles a la Regla que profesamos, las Hermanas Franciscanas Alcantarinas nos comprometemos a vivir nuestra vocación de "enviadas al mundo entero para dar testimonio, con la palabra y con las obras, de la voz del Señor, y hacer saber a todos que no hay otro Omnipotente fuera de Él" (Reg. TOR 29).

Nuestro compromiso evangelizador se concreta en:

- 1.- Proyecto con Jóvenes,
- 2.- Proyecto con familias,
- 3.- El servicio a los últimos,
- 4.- La Escuela,
- 5.- La Misión ad gentes.

Nuestro deseo es responder al don de amor incondicional con el cual el Señor Jesús se ha comprometido con nosotros, y "*recorrer con alegría el camino del Calvario*", según dice nuestro fundador, para mostrar al mundo las exigencias de la conversión evangélica, siguiendo la pobreza y humildad de Francisco de Asís y San Pedro de Alcántara.

«Alza los ojos al cielo y contempla en él la muchedumbre de estrellas... Pues si en este valle de lágrimas y lugar de destierro creó Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá creado en aquel lugar que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus elegidos?»

(San Pedro de Alcántara)



Ofrece la conclusión del evangelio de Mateo con la alusión a las apariciones en Galilea y a la misión universal de los discípulos. El evangelio eclesial subraya constantemente las características de la iglesia, y entre ellas la presencia continuada de Cristo en quienes creen en Él. Este relato final ofrece una llave de comprensión del primer evangelio. Los discípulos, huidos en el momento de la detención, reaparecen al final, donde Jesús los envía de nuevo. Jesús, el mismo maestro crucificado en el Gólgota, es aquel que tiene todo poder en el cielo y la tierra; es el Señor de la historia en todas sus dimensiones, exaltado mediante la resurrección de los muertos, llamado a participar en la realeza de Dios, y desde esta identidad deriva la misión.

El adiós del Resucitado no es definitivo, sino sólo un cambio de dimensión, clarificada desde la revelación definitiva de su persona. Jesús de Nazaret es Dios hecho hombre. En numerosas ocasiones en la Sagrada Escritura la gloria de Dios se manifiesta en forma de nube, símbolo de la cercanía divina: Dios está presente, se acerca, se deja percibir, pero al mismo tiempo Dios nos trasciende, está sobre los cielos. La nube es revelación y misterio, revelación y encubrimiento. Es la verdad que se revela en el ocultamiento, porque la persona en su humanidad no puede ver claramente a Dios, de ahí que necesite esta cercanía protectora, cuya distancia es marcada por Dios, y no por el creyente, pero siempre camina a nuestro lado, tal como nos confirma el evangelio de hoy.



Ascensión: Reflexión bíblica

(Fr. Miguel Álvarez)

Hch 1, 1-11

Nos hallamos ante el inicio del libro que narra los acontecimientos de la iglesia primitiva, acontecimientos que son referencia para la iglesia de todos los tiempos, puesto que describen la comprensión de la comunidad cristiana en ausencia de Cristo y con la presencia del Espíritu. El texto de hoy se compone de cuatro pequeñas unidades: un breve prólogo (v. 1-2), el recuerdo de las apariciones (v. 3), las últimas recomendaciones del resucitado (v. 4-8), y la ascensión (v. 9-11). La introducción presenta el periodo de la manifestación del resucitado, la experiencia histórica de los discípulos de Jesús y el tiempo de la iglesia. Estos versículos aparecen como un sumario retrospectivo del primer libro, especialmente de Lc 24, 44-51, pero que a su vez introducen también el contenido y programa del segundo libro, los Hechos. Tienen una doble función: resumir cuanto se ha afirmado en el evangelio y trazar las líneas programáticas de cuanto sigue. Lucas en este sentido es fiel a los principios de la historiografía antigua.

En la fiesta de hoy, nos interesa subrayar la ascensión del Señor (v. 9-11). Conviene recordar que es el único autor del NT que crea este cuadro. Lucas conduce al lector al evento que ha cerrado su evangelio: la ascensión del Señor, pero con una narración esencialmente teológica. La ascensión del Señor es considerada como el cumplimiento lógico de la resurrección. Con el recurso literario del "raptó" Lucas desarrolla plásticamente una verdad tradicional de fe que enuncia un aspecto fundamental de la resurrección: la exaltación de Cristo a la derecha de Dios Padre.

Vertiente cristiana: En la perspectiva de Lucas la ascensión del Señor concluye la etapa de las pasiones del resucitado, y comienza el tiempo del Espíritu, la era de la iglesia. Por consiguiente, no habrá lugar a nuevas revelaciones históricas de Jesús, sino que remitirá a cuanto ha dicho anteriormente. Lucas es el primer autor del NT en presentar la ascensión de Jesús a los cielos en la forma narrativa de un rapto ante testigos. Un tal enfoque ya preexistía en las fórmulas kerigmáticas, pero hablan de la exaltación del Señor. Si el término "resurrección" ponía el acento en la superación de la muerte, la ascensión subraya la soberanía cósmica de Jesús. La ascensión es vista como consecuencia de la resurrección.

Sal 42, 2-3. 6. 9

Es una invitación festiva a aclamar al Dios que reina sobre la toda tierra, y el primer salmo que se presenta como himno a Dios rey, además de los Sal 93 y 96-100. Nótese que aquí sólo ofrecen unos versículos, relacionados temáticamente con la ascensión del Señor, en cuanto enfoque literario y teológico. En el v.6 con la metáfora "Dios asciende" se quiere enfatizar por una parte la glorificación de Dios, y, por otra, la subida del creyente al templo de Jerusalén y su elevación espiritual. La metáfora espacial de "ascender" en el lenguaje bíblico expresa también la trascendencia. No en vano el NT utiliza el término para describir la exaltación de Jesús en la cruz, como glorificación, y la resurrección del Señor.

Relectura cristiana: Los versículos de hoy constituyen la respuesta a la ascensión del Señor, y proponen una lectura cristiana de la alabanza dirigida a Dios. Cristo es la palabra definitiva del Padre, y la realeza del Altísimo es compartida por el Hijo resucitado.

Ef 1, 17-23

Pertenece el texto de hoy a la sección doctrinal de la carta (Ef 1,3-3,21), en la cual Pablo celebra la revelación de proyecto de Dios Padre en Cristo, y concretamente los versículos de esta liturgia cantan el triunfo de Cristo y su supremacía con un tono de acción gracias y de súplica para que Dios dispense a los cristianos un mayor conocimiento de su misterio. El don del Espíritu será necesario para comprender la realidad de Dios en nuestras vidas, que constituye una tarea constante, un peregrinar en la fe.

Enfoque cristiano: Dios Padre ha manifestado la extraordinaria grandeza de su potencia por medio de la resurrección de Jesús de entre los muertos, que sirve para abrir nuestros ojos y darnos un mayor conocimiento de nosotros mismos. La persona tiende a fijarse en sus posibilidades, y desde ahí piensa en el mundo personal y social, a veces un tanto pequeño. Los eventos de Dios en Cristo desvelan siempre nuevos ámbitos y esferas personales que no nos podíamos imaginar.

Esta es la grandeza del creyente, siempre que se apoye en la presencia del Señor resucitado que lo acompaña por doquier. El creerse que el mundo moderno cerrado es un canto a la autonomía del hombre y su plena libertad, adolece de ser un enfoque equivocado, visto desde la fe. Cuando está ante nosotros tiene sed de eternidad, y Cristo resucitado puede aliviarnos y saciar nuestra sed de armonía con nosotros mismos y para con los demás.

